



TESTIMONIO DE JULIÁN

Resumen

Se trata del relato de un paciente que llevo desde hace años en psicoterapia, y que describe sus vivencias y su observación (interna y externa) en el momento de su hospitalización por infección COVID-19.

Con el permiso del paciente, que me entregó este texto en su regreso al tratamiento, lo presento como ejemplo vivo de la «mentalización», contenedora de la situación traumática que vivió.

Palabras clave:

COVID-19, situación traumática, capacidad de observación, mentalización.

Aproximación teórica

Julián es un hombre en la cincuentena, que yo llevo en tratamiento de psicoterapia desde hace años. Durante un primer periodo, una vez por semana, cara a cara y, actualmente, cada 15 días.

Vino por una situación de desbordamiento ligada a su trabajo, que se manifestaba con angustia, insomnio, irritabilidad, temor a perder su puesto de trabajo etc.

Todo ello coincide con cambios reales dentro de la empresa que podía poner en riesgo su estatuto dentro de la misma.

La evolución del paciente fue hacia una neta mejoría personal y hacia un afianzamiento en el terreno laboral.

Es un alto ejecutivo de una multinacional que viaja constantemente en avión por razones profesiones, incluso a países lejanos.

El año pasado, justo antes de la declaración del estado de alarma por la pandemia COVID-19, vi al paciente en

Abstract

This is the story of a patient I have been working with for years in psychotherapy, describing his experiences and his observation (internal and external) at the time of his hospitalisation due to COVID-19 infection.

With the permission of the patient, who gave me this text on his return to treatment, I present it as a living example of “mentalisation”, containing the traumatic situation he experienced.

Keywords

COVID-19 traumatic experience, observing abilities, mentalization.

una sesión habitual, en un periodo donde no se tomaba ninguna medida preventiva de contagio. Una semana después Julián caía enfermo, COVID-19 positivo. Toda su familia (mujer y dos hijos adolescentes), también se contagiaron. Tuvo que ser ingresado de urgencia en un hospital público por la sintomatología severa que presentaba.

Dejé de ver al paciente durante más de tres meses. Me avisó de que tenía COVID-19 y que ya me llamaría cuando se recuperase. Nunca quiso que nos viéramos telemáticamente.

Cuando volvió a la consulta, ya existía el protocolo anti-COVID-19 para las visitas presenciales.

En esta visita, me entregó un texto donde relataba sus vivencias durante su estancia en el hospital. La lectura del texto (que hice después de la sesión con él) me dejó muy impresionado y, tengo que confesar, muy emocionado.

Para mí, este texto es el ejemplo vivo de cómo una persona bien mentalizada (con mente, con subjetividad,





con un preconsciente fluido, lleno de contenidos, representaciones, fantasías, ágil), puede hacer frente a una situación traumática gracias a sus objetos internos, su capacidad de observación del «adentro» y del «afuera», su diálogo interno.

Su relato, aparte de estar muy bien escrito, está hecho sin ningún dramatismo, victimismo. Es vital y animoso.

Caso Julián

**Urgencias 26/03/2020. 10:44hs. Hombre.
52 años. Triage. PAS36.**

—Saturación 91 %, temperatura 37,8... Por favor coja estos papeles, son para la analítica que le harán ahora. Siéntese en esta silla de ruedas.

—Pero puedo caminar sin problemas.

—No importa, necesitamos que los pacientes estén sentados o acostados. Espere aquí, lo llevarán a su sitio.

Mientras tanto una doctora alecciona al viejito. —Póngase la mascarilla, que nos va a contagiar a todos. —Es que no puedo respirar con esto, me ahogo... —Que se la ponga igual, ¡ahora le traeremos oxígeno, mientras tanto no se la quite que nos enfermamos todos!

El camillero se me acerca, —Julián levante los pies y apóyelos aquí, nos vamos. El recorrido es extraño, pasando al lado de gente diversa, mayoría de hombres en sillas de ruedas, camillas o camas de hospital estrechas, todos contra la pared de la derecha, en fila, de cara, algunos miran, la mayoría están con los ojos cerrados, varios con máscaras de oxígeno. A la izquierda aparece un ventanal que da a un pozo de luz y un par de metros más allá la otra pared, recubierta de chapa ondulada color cinc, del siguiente bloque del hospital, «Bloc groc» reza el cartel que entreveo en una estrecha ventana calada en la ondeante pared de metal.

Sigue la fila de gente, ¿cuántos hay? Pobre gente, qué

Le pedí permiso para poder publicar su testimonio en *Intercambios*, porque me parecía interesante, cosa que aceptó amablemente. No sin una cierta sorpresa, de ver que su texto había atraído mi atención.

«Lo escribí para mí y para usted», me dijo.

hacen aquí, de esta forma... Siguen pasando rostros desconocidos, con un rasgo común: todos sufren. Veo el final de la cola. —Aquí estamos, por favor siéntense en esa silla.

Un enfermero al pasar instruye al camillero. —Ponlo debajo de su cartel, tratemos de respetar el metro y medio de distancia. El cartel, pegado en la pared del eterno corredor, impreso en negro con letras tamaño titular de sucesos, muestra un lacónico PAS36. Entonces los veo, PAS35, PAS34... y caigo en la cuenta, no hay sitio en Urgencias, no hay sitio en observación, no hay más sitio que el largo pasillo, donde nos acomodan como buenamente pueden a los que llegamos a urgencias.

Al rato ubican detrás de mí a un hombre, después a otro hasta que se completa el sitio PAS41 al final.

Al pasar a mi lado dos residentes comentan: «podríamos agujerear la pared y seguir poniendo gente en el patio»...

Quizás una hora después de llegar a mi «sitio» una doctora se me acerca para la anamnesis:

—Dígame, ¿por qué ha venido a Urgencias?

Y aquí repito yo toda mi historia. —Mi esposa empezó con fiebre el 15 de marzo, mi hija el 17 y mi hijo no ha tenido. Yo empecé el 18 de marzo, con 38,6 de fiebre. A los cuatro días mi hija y mi mujer dejaron de tener fiebre y yo seguía, con 3 pastillas de Paracetamol a día, bajaba a 37 y pico para luego subir a 38 y pico, aquí en el móvil tengo todos los datos. Hace un par de días me están haciendo seguimiento desde el CAP. Ayer me dijeron que al llevar una semana con fiebre tocaba radiografía, a la hora de hacérmela me llamaron por





teléfono «la placa muestra una infiltración en los pulmones, tiene que empezar con antibióticos, en la farmacia se los darán directamente, ya hemos creado la receta electrónica para usted: 1mg de azitromicina una vez al día y 1mg de amoxicilina 3 veces al día. Mañana lo volveremos a llamar». Y así empecé con los antibióticos. Esta mañana me llamaron y me dijeron que fuera a un hospital, que en mi situación era importante que me auscultara un médico... y aquí estoy.

—Bueno ahora le haremos un análisis de sangre y una gasometría en sangre arterial. Mientras tanto veamos tensión: normal; temperatura: 37,8; saturación de oxígeno: 91 %... le voy a dar oxígeno para mejorar la saturación.

—Me tocan antibióticos en una hora.

—Intentaré conseguirle uno.

—Los tengo conmigo, los traje por las dudas.

—Excelente. Tómeselos.

Más de una hora después llega el técnico del laboratorio, muy agobiado, disculpándose por el retraso, «no damos abasto, somos muy pocos para tanta gente».

—No te preocupes, tranquilo, es comprensible... te será más fácil en el brazo izquierdo, las venas se ven mejor. No solo me saca sangre, me deja puesta una vía (¿y eso?), luego, a por la arteria de la muñeca... «me llevo la muestra porque necesito analizarla rápidamente» —¿Y el frotis del Covid-19 me lo haces después? —Es que no se lo han pedido...

Mientras espero sentado, escuchando a la señora del PAS33 pidiendo agua a los gritos y al señor del PAS38 tosiendo sin parar, una enfermera nos explica que no nos darán de comer porque, al no estar ingresados, no está previsto y por lo tanto no hay servicio de *catering*. El murmullo de quejas va creciendo. Paciencia, nadie se muere por no comer un día.

Unos cuantos minutos después empiezo con esa sensación... frío, sudores, malestar estomacal, visión en tonos de amarillo, ruidos amortiguados, pérdida de

equilibrio (¡pero si estoy sentado, joder!). Lipotimia, me voy a desmayar... si me quedo sentado me iré de cabeza al suelo, intento gritar, pero solo es otro grito en la masa... le tengo que ganar de mano: tiro la cazadora al piso y me tumbo de espaldas sobre ella, levanto las piernas y las apoyo en la silla, ahora a esperar, si no llegan y maniobran pronto vomitaré, tengo que poner la cara de costado para no ahogarme. Gritos lejanos, los ángeles visten de verde... —Se ha caído, ¡se ha desmayado! —No, no, espera, se ha tumbado él, mira las piernas... —¡Señor! ¡Señor! Reaccione ¿qué le ha pasado? Intento responder, pero evidentemente de mi boca no salen más que balbuceos. —No le entiendo señor... y llega otra doctora. —Está frío y pálido, bajada de tensión, él se dio cuenta y por eso se tumbó y levantó las piernas... trae una bolsa de salino y una camilla... ¡Rápido! Me frotan, me mueven, vuelve circular la sangre, recupero la conciencia, la camilla me pisa la mano, reacciono y grito... —Tenemos que subirlo a la camilla, ¿cómo hacemos? —Esperen, esperen, ya estoy mejor si me ayudan subo por mí mismo, cuidado con la vía en el brazo. Acostado en la camilla me ponen el suero en la vía y todo vuelve a la normalidad. Ya no tengo frío, veo en colores y entiendo lo que me dicen. —Quédese tumbado señor, ahora viene su doctora.

Momentos inmedibles después llega Gina, la médica con acento gallego, que me había tomado los datos. —Ya estoy mejor, fue solamente una bajada de tensión muy inoportuna, en la camilla estoy más cómodo. Gracias.

—Bueno, mire ya tengo sus resultados, lo voy a tener que ingresar...

—¿Qué? ¿Por qué?

—Tiene una neumonía bilateral, los dos pulmones infiltrados, además los linfocitos están muy bajos...

—¿Cómo bajos? ¿Mi cuerpo ha dejado de pelear?

Mirada críptica detrás de las gafas, cara inexpresiva detrás de la mascarilla. —Ahora le traerán oxígeno, en cuanto haya una cama disponible lo subimos a planta. El guante de látex me toca el brazo. —Tranquilo, espere aquí.





—¿Y el test del COVID-19?

—¿No se lo han hecho?

—No, soy el único de este tramo de la fila. He visto que se los hacían a los de adelante y los de atrás.

—No se preocupe, investigo.

Antes de irse...

—Póngale oxígeno al PAS36.

—Es que no queda oxígeno doctora, estamos esperando que nos traigan botellas nuevas.

Caras de desconcierto, de desazón. Y se van, a atender a otros que los necesitan, seguramente más que yo.

Entonces la realidad se hace patente, corpórea, roca sólida. Estás solo, rodeado de extraños, en un pasillo con enfermos un metro delante y un metro detrás. No te dan de comer porque no pueden, no está previsto tener gente en los pasillos, el de atrás grita, la señora de adelante pide agua con desesperación, unos metros más atrás un viejito no puede parar de toser. Te levantas para ir a un baño «del personal» sin que te vean, de lo contrario me dirán el típico «le traigo la cuña». Al verte caminar otra señora te pide por favor que le bajes la pierna al suelo, porque está acalambrada en la silla de ruedas donde lleva sentada 6 horas...

Y se respira una resignación atroz, en realidad es miedo... ¿Tendrán medicamentos para mí? ¿Saldré de aquí? ¿Sabrán lo que hacen?

¿Será así? ¿La neumonía del covid hace esto? ¿Entras por tu propio pie al hospital, las cosas se complican, no hay medicamentos, no hay suficiente personal, no hay oxígeno y... te mueres? ¿Solo? ¿Sin ver nunca más a los tuyos? ¡Dios! Quiero abrazar a mis hijos, una vez más por favor. Se te quiebra la expresión y empiezas a llorar, en silencio, con vergüenza, sin entender realmente qué es lo que está pasando, no quieres que nadie te vea y tratas de contener el llanto. Ya está, ya pasó.

Recuerdo que algún político ha dicho «es la guerra». Tiene razón es una guerra, pero sin sangre, la gente se muere sin saber por qué, los hospitales abarrotados no pueden atender a todos, los más débiles o simplemente los menos afortunados, no recibirán tratamiento a tiempo. Es tan simple como descarnado, no hay suficientes recursos (médicos, antibióticos, oxígeno, camas, enfermeros, respiradores...) para todos. *Full stop.*

Vamos, tranquilo. Seamos objetivos, aunque la saturación esté baja no hay sensación de ahogo, puedo caminar perfectamente, puedo hablar sin problemas, estoy conectado por teléfono con todo el mundo, mis amigos me están buscando cama, en donde sea. Ahora toca aguantar y punto.

Pasa la tarde, ya no cabe más gente en el pasillo. Se escuchan ruidos metálicos al fondo, muy particulares, es una buena noticia, ha llegado el camión con una nueva remesa, me dan la mascarilla, conectada a un tubo de oxígeno. El flujo fresco me pega en la nariz y llena mis pulmones, que gusto, es una sensación diferente.

Una auxiliar de enfermería le lleva una almohada al señor de la silla detrás de mí. —Carmen, por favor si hubiera otra almohada disponible, te lo agradecería porque tengo el cuello rígido... —Claro cariño, intento encontrar una.

Los ángeles visten de verde... ahí viene Pilar con una sonrisa, insinuada detrás de la mascarilla quirúrgica, pero claramente reflejada en sus ojos... y una almohada en la mano. —Mil gracias, eres un sol.

Cada tanto pasan los ambulancieros, completamente cubiertos de pies a cabeza, con guantes gafas, mascarillas y voluntad inquebrantable, empujando una camilla con alguien más o menos inconsciente, pero ¿a dónde van? No hay más sitio... salvo, claro... Antes del final del pasillo un desvío a la izquierda lleva a otra zona: la UCI.

También pasan camilleros, que sacan a alguno de mis compañeros de pasillo para llevarlos a radiología con la intención de comprobar, mediante radiografía, lo que muchos ya sabemos... Los pulmones están afectados, es neumonía.





Afuera está oscuro, nos vemos reflejados en el cristal del pasillo. Es patético. Los que pueden matan el tiempo con su teléfono, la mayoría duerme. A las 21:00 aparece otro auxiliar, con un puñado de sándwiches de jamón y queso en pan de molde, insuficientes para una merienda... pero que a esa altura constituyen un manjar que nos permitirá encarar la noche de otra manera. La botellita de agua mineral pasa a ser un tesoro a proteger. Se acaba el día, el frío empieza a hacerse notar en silencio, en colores oscuros alrededor de las brillantes luces blancas del pasillo que no se apagarán, quizás por necesidad o por protocolo, seguramente por piedad, si a ese paisaje le quitan la luz, las tinieblas harían mella en los ánimos de todos los que estamos ahí. Pues nada, con los tejanos y las zapatillas puestas, me calzo la sudadera dejando libre el brazo izquierdo para salvar la vía y me hago un ovillo para que la cazadora, a modo de manta improvisada, me cubra todo lo posible. Y así paso la noche, durmiendo de a ratos, el móvil bajo la almohada, la botellita protegida en el regazo y la perenne sensación de que mañana será peor.

A las 6:00 empieza a haber más movimiento, vuelve el ir y venir de personal, cambio de turno, caras de alivio y agotamiento de los que se van, de preocupación en los que llegan.

—Hola, soy la doctora, tiene fiebre y la saturación un poco baja, le pondremos más oxígeno y lo vamos a tratar con azitromicina.

—Ya estoy tomando azitromicina y amoxicilina, empecé el miércoles porque me los recetaron desde el CAP.

—Vale, la amoxicilina tiene que dejarla. Cuando acabe la azitromicina hoy, le vamos a dar un medicamento que se usa contra la malaria y que da buenos resultados en casos como el suyo.

—Entonces ¿le hago caso a usted, dejando de tomar amoxicilina y dejo de hacerle caso al otro médico que me indicó ambos antibióticos?

—Su cuadro es de neumonía por covid y lo tratamos como le indico. En cuanto podamos lo enviaremos a una

habitación para poder hacerle un seguimiento más cercano y que esté más cómodo.

—Muchas gracias doctora, no quiero ser impertinente es simplemente que no sé qué hacer.

—No se preocupe, le entiendo. Le daremos el mejor tratamiento médico posible.

Se va, y ahí me quedo yo con la duda ¿Dejo de tomar la amoxicilina? Tengo pastillas para un par de días más como mínimo.

Y entonces entra la llamada...

—Hola Ana.

—Hola Julián, lamento llamarte con esto...

—No te preocupes, ya estaba despierto, no pasa nada.

—No sabes como lamento llamarte por esto, intenté ir al hospital, pero no me dejan pasar a verte, no sabes como lo siento

—Pero ¿qué pasa?

—De Montevideo, no sabes cómo lo siento...

Claridad brutal... —¿Papá?

—Sí, no sabes como lamento decírtelo así.

—¿Falleció papá?

—Sí... fue anoche, hora de Montevideo, me avisó tu hermana.

—Gracias Ana, no te preocupes. ¿Los chicos lo saben?

—En cuanto se despierten les digo.

—En un rato te llamo.





Comimos juntos el 28 de febrero, hace menos de un mes, estaba bastante desmejorado, pero pudimos charlar un poco... abrazarnos... despedirnos.

Papá ya no está... yo me tengo que recuperar. Punto. Solo eso. Ahora no importa nada más. Ni el trabajo, ni las otras responsabilidades, ni nada. Tengo que recuperarme por mi familia, me necesitan y no les voy a fallar. Tengo que curarme. Esta doctora tiene mis últimos análisis, me ha auscultado, revisado y diagnosticado. Voy a hacerle caso.

Mi amigo Tomy me hace seguimiento telemático: «no dejes de tomar los medicamentos, vigila la fiebre y la saturación y descansa, estamos haciendo lo posible por sacarte de ahí. Aguanta». Voy a aguantar todo lo que haga falta, no tengo otra cosa que hacer.

La llamada con mi madre añade algo de luz: «A las once de la noche se levantó de la cama, dio unos pasos y se desplomó, cuando llegué a su lado estaba muerto». El médico de emergencias secundó la idea inicial: «Tiene todo el aspecto de un ataque al corazón, la autopsia lo confirmará».

—Yo estoy bien Julián, sabíamos que esto podía pasar en cualquier momento. Al menos no sufrí.

—Un beso grande mamá, lamento no poder acompañarte desde ahí.

Vuelvo a tomar conciencia de lo solo que se puede estar, estando rodeado de gente. Nadie con quien compartir la pena, nadie para explicarle el pesar, nadie que te abraza y te ponga el hombro para sostenerte, o la oreja para contarle alguna pequeña anécdota a modo de catarsis inicial.

—Aquí le traigo otra botella de oxígeno, quédese la mascarilla que se la conecto a esta. ¿Le pasa algo? ¿Está bien?

—Sí, sí, no se preocupe. Muchas gracias.

A mediodía nos traen una bandeja con comida caliente, parece que el sistema empieza a organizarse para esta

nueva realidad, con pacientes en cada rincón del edificio. Un auxiliar pasa ofreciendo mantas, no tengo frío, pero recuerdo la noche anterior —Sí, déjeme una por favor.

Vuelve a caer la noche, me han cambiado de posición acercándome a la oficina de enfermería, ahora soy PAS29. Mi familia me ha hecho llegar un cepillo de dientes, medicamentos y la batería para el móvil. Un pequeño placer lavarse los dientes después de 36 horas.

Cuando estoy terminando en el baño, escucho que me llaman. —Julián... ¿está ahí?

—Sí, ya salgo.

—Dese prisa que lo tengo que llevar a una habitación.

Voy pitando. La enfermera rusa no está para delicadezas. «Recoja todo, que nos vamos, la manta quédese la también por las dudas». Meto todo en una bolsa de plástico y me dejo empujar en la silla de ruedas. El pasillo, un giro, otro giro, ascensor, pasillo, giro y quedo frente a la puerta de una habitación. La enfermera rusa se va. —Otra enfermera lo meterá en su habitación, adiós —*Spaziba, doswidania*. Cuando entro la habitación es, a mis ojos, limpia, amplia, silenciosa, con una cama vacía. En la otra cama está Juan, positivo en Covid-19, en tratamiento y recuperándose.

Me quito la ropa, me pongo el camión reglamentario y me acuesto en la cama de sábanas limpias, poniendo la manta a mis pies y la cazadora encima. Aparece la enfermera y me instruye. —A partir de ahora empieza a tomar hidroxycloquinina, 2 veces al día. Esto complementa a la azitromicina y tienen un efecto sinérgico.

Ese es el antipalúdico. Todo irá bien, ahora sí. ■

José María Franco Vicario

